

# ¿Por qué no funcionan las bibliotecas escolares?

Juan José Lage Fernández.  
Maestro, director de *Platero*  
(CPR de Oviedo), y experto  
en Animación a la Lectura y  
Bibliotecas Escolares

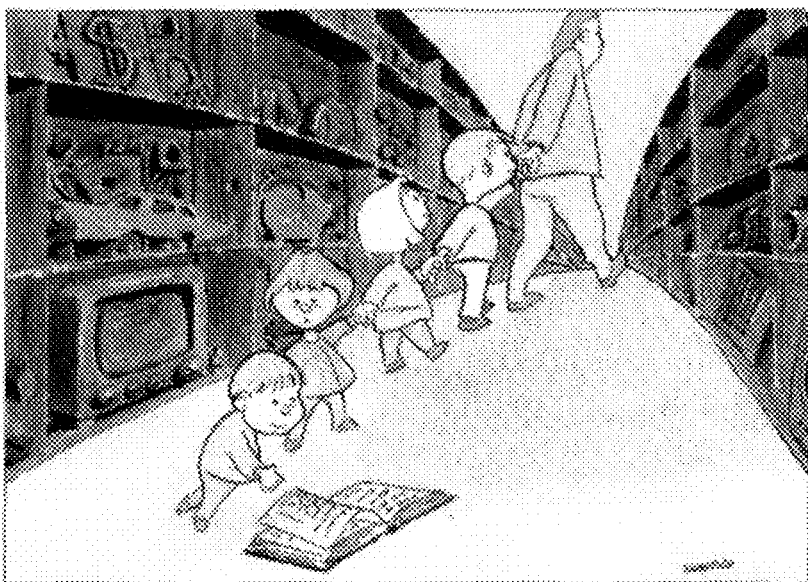
Aquellos que vivimos, durante años y día a día, la dura realidad escolar, y además somos conscientes de la importancia de infundir carácter lector en los jóvenes, constatamos con tristeza el mediocre estado en que se encuentran las bibliotecas escolares, a pesar del interés que las mismas tienen, no sólo como generadoras de la motivación por la lectura, fuente de placer y de vida, sino también como creadoras de hábitos de investigación y motivo de aprendizaje en cualquier materia. ("La lectura es un medio imprescindible para recabar información que podemos utilizar para los más diversos fines; la lectura también es un modo de ser, de hacerse humano, cuya finalidad se logra en la entrega generosa al libro").

¿Por qué no funcionan las bibliotecas escolares? Esta es una pregunta sensata

que merece una respuesta meditada. Es cierto que, en determinados centros, el rendimiento de la biblioteca escolar es más que aceptable, y lo es en función de la disposición gratuita de un profesor o profesores comprometidos, voluntarios de la causa, llaneros solitarios sin más recompensa que la satisfacción personal y la aún más gratificante de ver leer y disfrutar a los alumnos y contemplar los libros razonablemente organizados. Y en ocasiones, desatendidos y sin el aliento del resto de compañeros, y lo que es más hiriente: olvidados de la administración y sin ningún incentivo profesional.

Porque el descuido y desinterés de las autoridades educativas por las bibliotecas escolares viene de lejos. Éstas son aún, en los albores del tercer milenio, un territorio sin "ley", que se rigen por el capricho de los dirigentes de turno o por la buena disposición de algún profesional encorajinado. Cuando todo parece medianamente legislado o con algún ropaje, ellas siguen desnudas y a la intemperie: ni estatuto para el personal encargado, ni formación básica requerida, ni objetivos a conseguir, ni nada de nada.

El problema no es de fácil solución, pues la falta de cultura bibliotecaria en España es un hecho constatado. No tenemos tradición en este campo (una buena parte de las bibliotecas públicas existentes en la actualidad se han creado en los últimos quince años, y la formación reglada de especialistas bibliotecarios es reciente), y ello pesa en el subconsciente popular. Y no sabemos si por desinterés —o miedo—

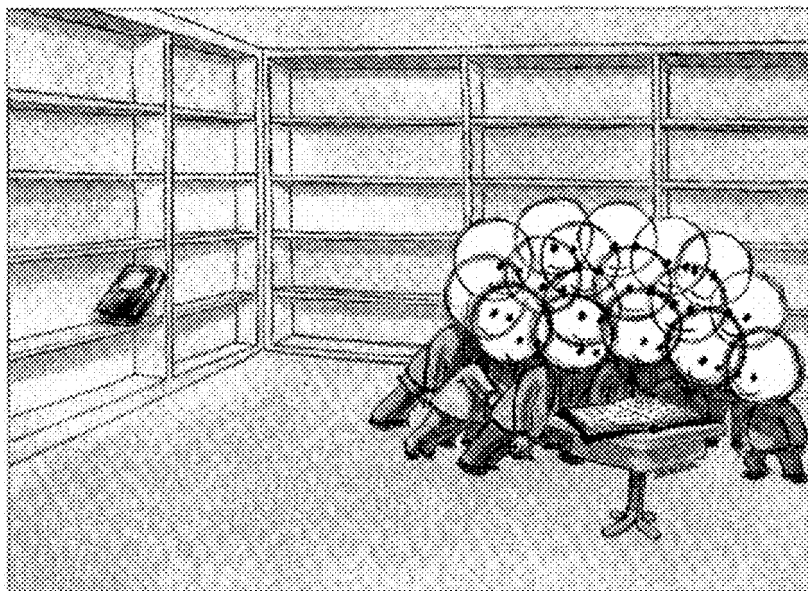


de las clases dirigentes hacia la cultura (o mejor, hacia la educación), o porque, como afirmaba el profesor Ignacio Sotelo al hablar de la inversiones en cultura, “en ningún otro campo resulta menos clara la relación entre el monto de inversión y los logros inmediatamente perceptibles”, o por ambas cosas a la vez.

Pero tampoco tenemos tradición en el campo de la literatura infantil y juvenil, a diferencia de otros países de nuestro entorno próximo (Paul Hazard atribuía el escaso desarrollo de los libros para niños en España a la escasa atención prestada a la infancia). Si una biblioteca escolar debe nutrirse fundamentalmente de libros infantiles y juveniles, el desprecio latente hacia el libro para niños y el olvido ofensivo de sus autores (por los medios de comunicación, por ejemplo), no favorece precisamente la consolidación de hábitos lectores ni de buenas bibliotecas en los centros de enseñanza.

Son, por tanto, problemas muy enraizados en el tejido social y que por ello, no admiten fáciles soluciones administrativas, sino un compromiso serio que arranque de toda la sociedad y que ponga en pie de una vez por todas lo que tantos años se ha mantenido en estado de derribo.

Porque ¿cómo convencemos a un profesor, acostumbrado durante sus años de estudiante a prescindir de la biblioteca como instrumento para su formación, de que tal institución puede repercutir positivamente en el bagaje cultural de los que hoy son sus alumnos? Ignacio Sotelo, al referirse a la escandalosa falta de libros en nuestras universidades, dice: “Conozco quien se ha licenciado sin haber leído un solo libro –de oído y con los apuntes ha ido sobreviviendo– para pasar luego a aprenderse de memoria 500 temas, preparados y condensados por la academia de turno. La lección magistral, los apuntes por un lado y la memorización por otro, hacen innecesaria, si no contraproducente, la lectura de libros. Si alguno cayera en la tentación de leer y después de orientarse bibliográficamente, realizase la proeza de encontrar los títulos buscados en las bibliotecas públicas, ya no tendría tiempo para aprender lo que exigen los programas, dudando, además, de la validez de lo que le piden reproducir miméticamente”.



Es decir: los que se han formado sin percibir los beneficios de una buena biblioteca, sin acostumbrarse a usar sus innegables recursos, la creerán prescindible, apenas la echarán de menos en su vida profesional (“los que sólo leyeron apuntes y temarios, en su vida profesional se satisfacen con los informes y documentos que pasen por su mesa”).

Pedro Salinas, desde su exilio americano, contemplaba con tristeza y envidia el panorama de las bibliotecas españolas que acompañaron su juventud: “recuerdo yo, mozo español de principios de siglo, el curioso entrevero de sentimientos que me sobrecogía al penetrar esos oficiales recintos, las bibliotecas de mi país. Me llamaban, con sus voces mudas, irresistibles, los miles de libros –a mí en la imaginación se me multiplicaban hasta millones– que yo suponía allí guardados, esperándome con sus variadas delicias. Mas, apenas entrado este aspirante a lector en las inhóspitas cámaras bibliotecarias, le empezaba el enfriamiento de su entusiasmo, porque una cierta omnipresente frialdad, emanada de los muros, de los techos, de las personas, se apoderaba de él y le hacía sentirse forastero. Todo ajeno, cerrado, hostil en aquel mundo donde él iba a buscar intimidad, ancha y generosa compañía”.

Posiblemente también, la deficitaria red, tanto de bibliotecas públicas como escolares, sea la culpable de los bajos niveles de lectura que reflejan las estadísticas en nuestro país: el 50% de los españoles declaran nunca leer un libro –y eso que se

publican 164 libros cada 24 horas, uno de los índices más altos del mundo, aunque con tiradas medias de las más bajas de Europa— frente a, por ejemplo, el 75% de británicos, que dicen leer más de 15 libros por año. “¿Qué puede esperarse de un país gobernado por esta clase de presidentes? —se pregunta Andrés Trapiello en *El gato encerrado*—. Suárez tiene el aspecto de no haber leído un libro entero en su vida (*Oh Jerusalén* lo dejó a la mitad). González acaba de confesar sin temblarle la voz que lee todos los días antes de dormirse. A los políticos cuando dicen la verdad, como Suárez, era mejor no creerles y nada estaría mejor que creerles cuando mienten como bellacos”. Hay, pues, una conciencia colectiva de miedo hacia el libro (Eduardo Haro Tecglen cuenta la siguiente anécdota sobre “el miedo popular al libro que no se acaba de vencer”: “El hombre de la mudanza cargaba en cestas, por indicación mía, los libros de casa en casa, agotado. Me disculpé un poco y me respondió: esto no es nada. Peor lo de usted, que habrá tenido que leerlos”), unos hábitos consolidados de no lectores (recuerdo a un amigo librero que despotricaba contra una madre que renegaba del precio de un libro para regalo de su hijo, cuando se acababa de gastar quince veces más en una mochila último modelo), que se acrecientan además por la mediocridad cultural que nos embarga (el libro no figura entre las prioridades a tener en cuenta: cualquier niño español es capaz de recitar de carrerilla una retahíla de nombres de futbolistas, pero es incapaz de pronunciar correctamente más de un autor de libros infantiles), por el deterioro sufrido por la educación pública en la última década (reformas y contrarreformas, inestabilidad laboral, reivindicaciones de todo tipo, desencanto docente), o porque se piensa más útil y atractivo invertir y rentabilizar opciones tecnológicas que se creen con más futuro (tal vez creyendo, con alivio, que ha llegado el fin del papel impreso). Y hay también, es justo decirlo, todo tipo de conflictos internos en los centros que impiden o dificultan, a veces, el florecimiento de las bibliotecas escolares como lugar de encuentro: descontento o desarraigo, escasos incentivos, luchas intestinas por las horas libres y favoritismos, presupuestos

raquíticos, zancadillas y envidias profesionales, directores más burócratas que pedagogos, etcétera. Y un colectivo docente envejecido (la media de los servicios prestados ronda los 25 años) y, por tanto, sometido a la rutina y escéptico ya ante cualquier innovación.

Y hay unos sindicatos metidos en una maraña de reclamaciones laborales, divididos e incapaces de priorizar las necesidades: si hay un abultado excedente de profesores suprimidos, producto de las reformas y la baja natalidad, y otros mal relocalizados o en expectativa de destino: ¿no será la hora propicia de reivindicar ante las autoridades educativas la creación de la figura del bibliotecario, y plantearles el diseño de una política cultural dirigida al fomento de las bibliotecas escolares? Hay países que están haciendo un esfuerzo imaginativo en este campo —Gran Bretaña, Francia, Brasil— derivando hacia ellas grandes recursos presupuestarios y humanos.

Parece que no corren, pues, buenos tiempos para las bibliotecas escolares: hay que cambiar muchas mentalidades y reconvertir muchos hábitos. Pero nuestra obligación es seguir en la brecha, desde el convencimiento de que una buena biblioteca escolar es un indicador notable de la calidad de la educación, si no el más importante, y que nos puede acercar a los países más avanzados de nuestro entorno. Y desde el convencimiento de que la cultura es la inversión más rentable para una sociedad y, por ello, la más barata. Y desde la protesta contra lo que Antonio Muñoz Molina llama “la política como parasitismo y despilfarro”: “Junto a uno de esos tremebundos centros culturales dotados de las últimas tecnologías, contruidos por los arquitectos más célebres y más caros puede que haya una biblioteca pública que no abre por las tardes por falta de presupuesto para pagar la nómina de un bedel. Da la impresión de que hasta el más apartado municipio rural contará muy pronto con un centro de arte diseñado por Norman Foster, si bien es posible que, pues no se puede tener todo, hayan cerrado la escuela o privatizado el centro de Salud”.

“En un país con tantos listos —añade— sólo pagan los tontos” ■